

Quimera

REVISTA DE LITERATURA

Nº 457 - enero 2022 - 6 €

8 461315 216234

457

ESPECIAL: RAFAEL CHIRBES

MARTIN SIMONSON - IANIRE DOISTUA - NACHO RUBIO - CARLOS QUESADA
ERNESTO FRATTAROLA ALCARAZ - JOSÉ DE MARÍA ROMERO BAREA

COLABORAN EN ESTE NÚMERO:

Antonio de Benito, Enrique Bernárdez, Rafael Chirbes, José Cienfuegos, Ginés S. Cutillas, Ianire Doistua, Ernesto Frattarola Alcaraz, Fundació CV Rafael Chirbes, Alicia García Herrera, Alberto García-Teresa, Alfonso González-Calero, Sergio Lledó, Javier Lluch-Prats, Gregorio Muelas Bermúdez, Carmen Peire, Carlos Quesada, Miquel Rof, José de María Romero Barea, Nacho Rubio, Marta Sánchez Payerpaj, Martin Simonson, Gabriela Simonson Casado, Maria Teresa Slanzi, Irene Tourné, José Antonio Vila

FOTOGRAFÍA DE PORTADA Y DOSSIER:

Fundació CV Rafael Chirbes ©

EDITOR: Miguel Riera

DIRECTORES: Fernando Clemot, Álex Chico, Ginés S. Cutillas y Jordi Gol

JEFE DE REDACCIÓN: Jordi Gol

DISEÑO: Xavier Balaguer

MAQUETACIÓN Y CUBIERTA: Jordi Gol

CORRECCIÓN: Cinta Moreso

WEB Y REDES SOCIALES: Eva Díaz Riobello

ISSN: 0211-3325 **DL:** B 38779 /1980

EDITA: Ediciones de Intervención Cultural S. L.

C/Juan de la Cierva, 6.

08339 - Vilassar de Dalt (BCN)

937 550 832

www.revistaquimera.com

redacciondequimera@gmail.com

publicidad@revistaquimera.com

pedidos@edic.es

IMPRIME: Gráficas Gómez Boj

Derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de este número, sea por medios mecánicos, químicos, fotomecánicos o electrónicos, sin la autorización del editor. Quimera no retribuye las colaboraciones. Los colaboradores aceptan que sus aportaciones aparezcan tanto en soporte impreso como en digital. La redacción no devuelve los originales no solicitados ni mantiene correspondencia sobre los mismos. La revista no comparte necesariamente las opiniones firmadas por sus colaboradores.

Esta revista ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.



La mirada del escritor y crítico Rafael Chirbes ha sido una de las que se han cernido de forma más certera sobre la realidad española del presente siglo. A pesar de que su obra narrativa y ensayística arranca de muy atrás —obtuvo el Premio Herralde de Novela por *Mimou* (Anagrama, 1988)—, fueron sus últimas obras —*Crematorio* (Anagrama, 2007), un crudo análisis sobre la especulación inmobiliaria que arrastraría a España a una de las peores crisis de su historia reciente; y *En la orilla* (Anagrama, 2013), una desoladora visión de la sociedad resultante de dicha crisis— las que le consagraron como uno de los más importantes narradores en lengua castellana. Obras que le han hecho merecedor del Premio Nacional de Narrativa (2014), Premio Nacional de la Crítica (2007 y 2014), Premio Francisco Umbral al Libro del Año (por *En la orilla*, 2014) o mejor libro del año, por los periodistas y críticos literarios del diario *El País* (por *En la orilla*, 2013). En *Quimera* hemos querido rendir homenaje a su figura con un dossier coordinado por Carmen Peire, amiga del escritor y colaboradora habitual de la revista, en el que algunos de los máximos expertos en su obra y el mismo Chirbes (en un discurso inédito y a través de fragmentos de sus diarios) nos acercan a diferentes perspectivas sobre una obra que ya ha devenido un clásico de la literatura en castellano del siglo XXI.

JORDI GOL - JEFE DE REDACCIÓN DE QUIMERA

El salón de los espejos

Entrevista a Martin Simonson - 4

El cielo raso

ESPECIAL: RAFAEL CHIRBES

Carmen Peire.

Rafael Chirbes: una introducción - 11

Fundació CV Rafael Chirbes:

una invitación al universo de Chirbes - 14

Rafael Chirbes. *Diarios* (extractos) - 15

Rafael Chirbes. Un parlamento que no pronuncié - 19

José Cienfuegos. Recuerdos de infancia - 22

Alfonso González-Calero. Rafael Chirbes y la revista

Ozono. Amigos y cómplices - 26

Javier Lluch-Prats. La vuelta al mundo de Rafael

Chirbes. Alegorías del yo de un escritor viajero - 30

La vida breve

Ianire Doistua. Agujeros - 35

Los pescadores de perlas

Microrrelatos inéditos de Nacho Rubio - 39

El castillo de Barba Azul

Poemas inéditos de Carlos Quesada - 40

Poema inédito de Ernesto Frattarola Alcaraz - 44

Einstein on the Beach

Ginés S. Cutillas. Los pactos de lectura - 46

José de María Romero Barea.

George Eliot, fundadora de la nada - 55

El ambigü

Sergio Lledó:

Hay recuerdos que querrán abandonarme,

de Fede Nieto - 58

Irene Tourné:

El Evangelio, de Elisa Victoria - 59

Enrique Bernárdez:

Ángels de l'univers, de Einar Már Guðmundsson - 60

Marta Sánchez Payerpaj:

De ahogados y otras historias ingratas,

de Rosa Martínez Famelgo - 61

José Antonio Vila:

El secreto de los Buendía. Sobre Cien años de soledad,

de Sultana Wahnón - 62

Gregorio Muelas Bermúdez:

Humo de té, de Verónica Aranda - 63

Alberto García-Teresa:

En torno a Issa y otros difuntos,

de Joan de la Vega - 64

Recomendaciones - 65

La vuelta al mundo de Rafael Chirbes

Alegorías del yo de un escritor viajero

Por JAVIER LLUCH-PRATS

En una nota de sus cuadernos personales, de agosto de 2004, Rafael Chirbes se reconoce y define escritor por sus novelas. Construidas con profundos trazos de una identidad en conflicto, son fruto de su constante lucha literaria, ética y política. Además, y con razón, Chirbes se considera escritor por las reflexiones desarrolladas en clave ensayística en los que llamó «escritos» y reunió en *Por cuenta propia. Leer y escribir* (2009) y *El novelista perplejo* (2010). Igualmente, su escritura se apuntala en los *Diarios. A ratos perdidos 1 y 2* (2021), recientemente publicados, en los cuales ya el comienzo, de abril de 1984, bien valdría un título: «Sensación de provisoriedad» (63). Excepto en el fracaso amoroso, cuando resulta inútil y hasta peligroso, ahí señala Chirbes que «la reflexión parece una actividad de obligado cumplimiento en cualquier asunto de la vida» (64).

En su prólogo a este volumen, Marta Sanz expone la complejidad de la persona y el personaje, indaga en la trastienda del autor, evoca encuentros y lecturas compartidas, reconoce su huella en escritoras como ella y valora la reinterpretación que los *Diarios* favorecen respecto a claves de lectura de la obra *chirbesca*, adjetivo que él acuña (398). En un segundo prólogo, el crítico Fernando Valls revisita el taller de Chirbes, analiza esta escritura del yo y aplaude su aparición tras la novela póstuma *Paris-Austerlitz*, que conocimos en 2016. Subraya Valls las inseguridades de un hombre autocrítico al que inscribe en la tradición de la escritura de diarios en España. Entre lo privado y lo público, estos permiten comprender mejor el universo vivencial y

creativo del escritor, sus gustos literarios y artísticos, porque coincide con Valls en que los *Diarios* «recogen la verdad de un hombre que vivió casi siempre, hasta donde pudo cumplirlo, al margen de la mayoría de las convenciones, y de un narrador que nunca dejó de buscar la manera de presentar la realidad al ritmo de la historia, de la sociedad y los individuos» (58).

De esta manera, la escritura se disemina y fortalece en su extraordinario obrador literario, en el cual, además, destaca su narrativa viajera. En Chirbes los viajes tienen relevancia física, biográfica, ficcional y sin duda emocional. Desde su infancia, voluntaria e involuntariamente, el escritor experimenta el distanciamiento del lugar de origen. Es todavía un niño cuando el desarraigo comienza a hacer mella al vivir en internados en Ávila, León o Salamanca, los primeros paisajes de su proceso de formación lejos del Mediterráneo, al que solo regresa puntualmente y, muchos años después, para un retorno definitivo. En la madurez adquiere protagonismo su vida en Madrid, donde cursa Filosofía y Letras, se especializa en Historia Moderna y Contemporánea y comienza a colaborar en el campo cultural. Resaltan, entre otros, el descubrimiento de ciudades como París, las lecturas y películas —algunas prohibidas en España— y la experiencia como profesor de español en Marruecos. Durante doce años mantiene su residencia en Valverde de Burguillos (Badajoz), garantía de aislamiento, en un periplo que añade numerosas idas y venidas alrededor del mundo, unas veces por trabajo, otras para promocionar su obra. En 1999, al volver a sus orígenes, no se instala en Dènia ni en Tavernes de Valldigna —su lugar de nacimiento cin-

... y a través de sus relatos de viajes y de sus novelas, Chirbes ha ido descubriendo y aprendiendo a través de los viajes y de la escritura. Se trata de un aprendizaje que se realiza en un momento de la vida en el que el autor se enfrenta a la necesidad de aprender a vivir y a escribir. En este sentido, el viaje es una experiencia que le permite aprender a vivir y a escribir. En sus novelas, Chirbes se enfrenta a la necesidad de aprender a vivir y a escribir. En este sentido, el viaje es una experiencia que le permite aprender a vivir y a escribir.

cuenta años atrás—, pero permanece en su territorio y elige el entorno de Beniarbeig, entre naranjos y no muy lejos del mar, donde, en voluntario apartamento, se instaló en la casa que hoy es sede de la fundación que lleva su nombre.



Chirbes: «El valor de una taza. Viaje al café de Colombia», *Sobremesa*, 124, pág. 28

«Aprender algo para contárselo a otros»

Además de novelas, ensayos, cuentos o artículos, su actividad profesional entre 1982 y 2002 vertebraría su escritura en reseñas gastronómicas y reportajes publicados en *Sobremesa*, revista de vinos, gastronomía y cultura, con los que se ganaba la vida y sobre los que anotó: «... sin duda con menos pretensiones literarias, me he movido a gusto, he sentido al escribirlos que, mientras

hablaba de las actividades de otra gente, dejaba escapar parte de mí mismo, seguramente por el cumplimiento de cierta vocación de servicio que siempre me ha guiado. Se trataba de aprender algo para contárselo a otros» (*Diarios*, 353). Con su narrativa de viajes, Chirbes se sentía cómodo porque cumplía con esa vocación y podía hablar de cosas que le gustaban, del trabajo humano, de la historia de espacios visitados y de avatares de quienes iba conociendo. Le complacía la visión de la naturaleza como narración que hay que leer y seguir leyendo, y así también la del cuerpo, la enfermedad, la memoria, la historia, la comida, la clase social o el territorio. En sus novelas, recuérdense los recurrentes desplazamientos que asoman desde la primera, *Mimoun* (1988), situada en Marruecos, hasta *Paris-Austerlitz* (2016), en la capital del Sena. Incluso crea una geografía con espacios deformados más que ficticios —que diría su admirado Max Aub—, como Misent.

Sus relatos de viajes ponen en valor los márgenes, educan la mirada y fortalecen el trabajo del escritor. Redactados apresuradamente por el plazo de entrega, Chirbes escogió algunos y los revisó para conformar dos libros que, como en ellos explica al lector, no son meras recopilaciones. Remozados unos relatos más que otros, los agrupó a fin de conferirles la unidad, el tono y el ritmo propios de un libro: por un lado, *Mediterráneos* (1997); por otro, *El viaje sedentario. Ciudades* (2004). Sin embargo, a pesar de que los reportajes de *Sobremesa* se ilustran con fotografías muchas veces firmadas por Chirbes, en los libros solo constan en las cubiertas de Anagrama.

Esta reescritura tiene denominación de origen chirbesca: pulir, clarificar y precisar, o al menos intentarlo.

Cubiertas de *Mediterráneos* y *El viajero sedentario. Ciudades*

Y es que la inseguridad le perseguía: padecía los intervalos entre una y otra novela, dudaba y releía, eliminaba, ajustaba y modificaba. Forcejeaba con las vueltas de la escritura, llegando a recortar un final en una nueva edición, como hizo en 2000 con su novela *La buena letra* (1992), o en gesto radical de artista descatalogó *En la lucha final* (1991). Anotó en sus *Diarios*: «Un novelista que termina su última novela, en la que ha puesto todo lo que sabe. Se ha quedado vacío. Pasa un año sin escribir, pero necesita volver a hacerlo. Lo necesita con urgencia. Necesita seguir escribiendo. Hoy viaja. Va en tren» (269). Esta enraizada incertidumbre cabe relacionarla con su profundo respeto al trabajo que hacía, incluso aquel que le solicitaban, pues preparaba cada ocasión con rigor y autoexigencia. Por ejemplo, sus ensayos nacían de conferencias, ponencias o charlas por invitación. De los viajes de trabajo para *Sobremesa* surgen los reportajes y así estos relatos que refuerzan su mirada, ahora, al contactar con otras lenguas y descubrir paisajes, gentes y territorios, o redescubrirlos, al experimentar con los movimientos humanos.

La intención narrativa precedía a sus viajes, que el autor preparaba con guías, volúmenes de historia cultural en general e incluso acostumbraba a moverse con unos cuantos libros. Por ello sus relatos destilan la intertextualidad característica del género, bien por mención explícita de textos que Chirbes recordaba y admiraba, bien por el manejo de nuevas lecturas o de aquellas que tenía a mano. Esto le sucedió al preparar un artículo sobre Nápoles en enero de 2002: de Goethe leyó el *Viaje a Italia* (1817) y tomó notas vinculadas con la sorprendente «agudeza del curioso observador y la capacidad que muestra para sorprenderse y admirar lo que, llegado de fuera a un lugar remoto, siente ajeno» (*Diarios*, 284). A los intertextos añadía significativos paratextos, como citas o títulos en los relatos.

Le solían decir que tenía suerte de viajar tanto y a lugares tan interesantes, aunque la realidad podía ser otra: Chirbes no siempre contó con la compañía de un fotógrafo, la carga de material era una incomodidad y, entre otros inconvenientes, largas esperas en cintas aeroportuarias suponían un esfuerzo suplementario. En su intermitente vuelta alrededor del mundo, nos topamos con un poderoso narrador, excelente paisajista y crítico gastronómico, también presente en sus novelas: compárense, por ejemplo, los platos de *La buena letra*, de tiempos de hambre y escasez, con la exquisita carta servida en *Crematorio*, de derroche obscuro. Las secuencias narrativas de los viajes suelen incorporar la visita a mercados de alimentos, dada la finalidad del periodista gastronómico viajero. El viaje cobra forma de relato y es el centro argumental de la narración, que presenta un avance cronológico, espacial, sentimental: «De cómo viajar es leer mejor en unas páginas que ya se habían leído» (1997: 14). A través de estrategias de la ficción y del distanciamiento del lenguaje literario, la literatura y la vida van de la mano. Chirbes manipuló la textura del relato con intencionalidad creativa, como haría al adecuar esos textos de la revista al libro, recuperando primero viajes en torno a un mar, y después a ciudades de los cinco continentes. Una voz en tercera persona observa la experiencia de «el viajero» o «el viajero-fotógrafo», que a veces se presenta como periodista gastronómico, y ofrece el recuento de su viaje. Chirbes, en estado puro: en sus relatos prima el discurso descriptivo, mas también el confesional y narrativo. El desplazamiento se codea con lo autobiográfico, con un escritor de raza, contribuyendo a la verosimilitud del relato que hibrida lo factual y lo literario, las circunstancias del viaje, la memoria y la introspección subjetiva.

Chirbes: «Mercado Central. El pulso de Valencia». *Sobremesa*, 139, pág. 26.

El primero de esos libros, *Mediterráneos*, fue publicado en Debate en 1997 (en Anagrama en 2008). Firmados entre mayo de 1986 y mayo de 1997, doce relatos constituyen la historia de una mirada del Mediterráneo. Se desprende el deseo de Chirbes de que abordemos el libro aportando nuestros recuerdos y visiones marítimas, coloreando el texto con tintas propias para seguir recreando tan vasta presencia. La obra de Fernand Braudel en torno al mar de la infancia de Chirbes es el principal intertexto del volumen: «alimento predilecto de mi primera juventud [...] Leía el libro en mí mismo. Lo llevaba escrito en mi propia mirada. Era el recuerdo de ese libro el que me permitía contemplar todas aquellas cosas precisamente de aquella manera» (1997: 113). A partir de él dispone *Mediterráneos* con un objetivo claro: una unidad, un libro sobre un mar y ciudades visitadas y evocadas con atinados rótulos. Le fascina Braudel porque le ayudó al «progresivo descubrimiento de capas geológicas» de su propio ser, tras las que se halla el mar, arropado por «la gramática que ordena la multitud de mediterráneos incluidos en el mismo mar» (1997: 13). Este le da al autor más sorpresas que constantes, en una progresiva fascinación nacida de ese descubrimiento: no es un fognazo, dice, sino una excavación de ese espacio reiterado que trata en «Ecos y espejos», capítulo introductorio dedicado a Braudel en el que apela al poder de la literatura y los viajes: «Hay gentes, libros o ciudades que no entendemos, pero que nos atrapan y nos obligan a visitarlos una y otra vez, seguramente porque advertimos en ellos indicios de que esconden algo que nosotros buscamos [...] acaban formando necesarias piezas de nuestra identidad» (1997: 10). Así, al trazar una línea de educación sentimental, los viajes le permiten leer mejor el lugar originario y, en *Mediterráneos*, nos introduce a través de imágenes multiplicadoras que acaban por devolverlo siempre a sí mismo. Chirbes confronta las imágenes de un mar y unos lugares que conoció y contempló con ojos infantiles, cuando se forjó su «metro de platino e iridio con el que medir el tamaño y también la calidad de lo existente» (122).

En este libro el autor reunió textos de *Sobremesa*, unos retocados, otros no, entre ellos: «Fragmentos de la Edad de Oro» (Creta); «Añoranza de alguna parte» (un mercado central de Valencia recorrido al compás del recuerdo de *Arroz y tartana*, novela de Blasco Ibáñez); «La puerta del mar» (Estambul); «En el camino» (Lyon); «Paseo por la vieja Génova»; «El naufragio interior» (Venecia); «Arqueología del humo» (Alejandría, ciudad fénix); «La herencia del mundo» (El

Cairo); «Desde el Estado de bienestar» (el fenómeno Benidorm) y «El tiempo de los dioses» (Roma, por la que sentía predilección). A fuerza de dar tumbos por el mundo, dice Chirbes al escribir sobre Creta, «uno ya ha aprendido que un viaje se resume por lo general en un solo instante, en un destello que justifica el ajeteo de maletas, esperas, incomodidades y horas de vuelo» (19). Luego el viajero se pregunta por los momentos que dan sentido a un viaje, ya que algunos momentos de plenitud, entremezclados de asombro y anonadamiento, resultan inefables y pergeñan la añoranza de pertenecer a alguna parte, despiertan la melancolía: «Era tan hermoso el momento, que enseguida supo que nunca, por muchos años que viviera y escribiera, iba a poder contarlo» (1997: 23). Observa el mundo y lo narra, compara y representa; traza redes y halla indicios de rastros ancestrales comunes. Así, pongamos por caso, Chirbes insiste en la memoria genética que encuentra en el Mediterráneo y liga a sus habitantes. El mar, su mar, evidencia la permanencia de los saberes, de la memoria de una cultura milenaria en espacios distintos: «El viajero curioso puede seguir el paso del tiempo en las construcciones genovesas con un gozo que roza la emoción» (79). De ese mar descubriría a lo largo de su vida parcelas desperdigadas por los cinco continentes. Todo ello no es óbice para señalar, ya en enero de 1996, y ante la desconfianza del autor frente al ser humano que percibe como otros a sus semejantes, la conversión del Mediterráneo en «un mar agonizante que ya no es corazón de casi nada» (83).

Por otra parte, *El viajero sedentario. Ciudades* (2004), su segundo libro, corrobora la capacidad chirbesca para el relato de viajes, cuya tradición conocía bien. Al corregir las pruebas de imprenta de textos ajustados siguiendo un tono, una melodía, un ritmo, llevando al lector hacia determinados estados de ánimo, consecuencia de las ideas que recorren estas páginas, apunta: «Un libro es una mirada desde un sitio, y eso es lo que pretenden estos artículos al reclamarse como tal y ampararse bajo un título común» (371). Con algunas ciudades de nuevo mediterráneas, los cuarenta y dos textos de *El viajero sedentario*, remarca el autor, «intentan no tener nada de alegórico», pues pretende «captar el sentido histórico de una ciudad, de cada ciudad, por qué y cómo existe. Otra cosa es que tales cristalizaciones acaben funcionando como símbolos, y también que, a través de cada una de ellas, el autor busca su propio sentido. Las lee como un texto que lo devuelve a sí mismo. Alegorías del yo» (*Diarios*, 334).

Chirbes viaja a extrarradios urbanos, conoce a individuos sorprendentes y comparte no pocas emociones, entre otras, al sobrevolar el volcán Puracé en Colombia, donde de Pocayán apunta Chirbes: «Entender la ciudad, su geografía, exige entender esa precisión, esa sabiduría que procede del encuentro de complejas formas de cultura» (84). Así también, el escritor percibe que repetidas veces aparece el tema de las destrucciones de las ciudades europeas durante la Segunda Guerra Mundial: Rouen, Hamburgo, Lübeck o Dresde: «Las imágenes rodadas en los arrasados escenarios en que se desarrolló la guerra me han asaltado en un momento en que me encuentro especialmente sensible con el tema» (*Diarios*, 306).

Cuando vieron la luz en 2004 y se recomendaron en la prensa cultural en Navidad, a Chirbes le sorprendió que se consideraran libros de viajes, una guía: «Y yo que pensaba que había hecho una pieza literaria que iba a recibir un tratamiento literario» (*Diarios*, 457). Efectivamente, Chirbes no escribe una guía: visita ciudades que observa con perspectiva literaria. El narrador refiere los pasos de ese personaje antes mencionado, «el viajero», a través de ciudades orientales, americanas y europeas del norte, francesas, italianas, marroquíes y del ruedo ibérico (Salamanca, Coimbra, Lisboa, Barcelona y Valencia entre ellas). El viaje parte de la abigarrada Pekín, en septiembre de 1993, y concluye con un «Epílogo desde la terraza» que cierra el libro: «Ibiza. El paréntesis de la razón», de julio de 2001. Para el viajero esas ciudades son como un atlas en el que puede leer el mundo entero y sus viajes propician la fragilidad de encuentros con otros. Chirbes afirma que no entiende los viajes como aventura, sino que preguntarse cómo viven los demás al visitar un lugar es preguntarse por uno mismo, descubrir algo propio. De Shanghai, apunta: «Las ciudades guardan una memoria genética, que no es exactamente metafísica, sino que tiene que ver con su posición geográfica, con los avatares de uso, que se repiten en distintas fases de la historia» (21).

Chirbes reflexiona sobre los mecanismos de construcción de las ciudades —que representan el poder y el dinero que lo sostiene—, desde la historia y la ideología, al compás de escalas, lecturas, paseos, comidas o conversaciones. Las piezas crean un texto unitario y, capítulo tras capítulo, como si se tratara de una novela, en cada etapa el viajero nos muestra su aprendizaje vital. Estos relatos, en su conjunto, constituyen una narrativa de la memoria y refuerzan la particular cartografía de Chirbes, quien reflexiona sobre la emoción que el viaje provoca, admite sin reservas dicho aprendizaje y tiende

a utilizar la metáfora arqueológica para definir cómo creció y maduró, en un proceso de excavación, dice también al definir lo que para él era viajar, especialmente por el Mediterráneo. En sus *Diarios*, leemos: «*El Viajero* está lleno de ausencias: ciudades de las que no he escrito ni una línea, o que no he sido capaz de reescribir para incorporarlas al texto, ciudades que me gustan mucho y sobre las que, seguramente, no escribiré nunca» (363).



Chirbes: «Ballí. Sombras del paraíso». *Sobremesa*, 68, pág. 49.

Viajar oculta una melancolía por vidas no vividas, vidas distintas, escribe, la fascinación por mirar fuera y ver cómo transcurren otras vidas, que no es sino la búsqueda de lo que llamamos vivir. En tantas ocasiones, señala en abril de 1996, sintió «la añoranza de pertenecer a alguna parte» (1997: 36). Sus libros de viajes son un homenaje a la vida, a la cadena que nos lleva a elegir un lugar pese a las dificultades. Son un canto a la continuidad, pues las ciudades visitadas son el resultado de un proyecto colectivo, elaborado entre varias generaciones. Es más, frente a la poca atracción que Chirbes sentía por ciudades históricas tipo parque temático, le encantaban aquellas capaces de reinventarse y, sobre todo, aquellas cuya biografía se asemeja a la vida de un individuo. El amplio trazado lo es, pues, de autoconocimiento, de preparación y salvación de la distancia entre lo visitado y lo imaginado, entre el deseo y la realidad: «... quede constancia de que hubo un tiempo en el que viajar salvó de sí mismo a un joven que peleaba contra una realidad gris que lo rodeaba, asfixiándolo, y de la cual le costó mucho tiempo darse cuenta de que también formaba parte. En el recorrido, en la curiosidad que guió sus ya lejanos primeros viajes, aprendió mucho de lo poco que sabe y, de paso, fue desprendiendo lo que imaginaba» (*Viajero*, 372).